

Una semblanza de Rafaela Baroni

Prof. Alí Medina Machado
Dirección de Protocolo. N.U.R.R. - U.L.A.

Rafaela Baroni es una artista bella por fuera y por dentro. Es su mundo interior pleno de policromías festivas lo que la provee de esa dulzura exterior que dimana de su tiempo existencial para llenar los espacios por los que anda su arte. Rafaela es un estremecimiento femenino que potencia la creación hasta los límites más poéticos del universo. La verdad de su arte hace que esta mujer se mude hasta las revelaciones de lo eterno como viviente que es y ha sido en la frenética vida de sus obras en el mundo de la creación plástica. No hay sino que detenerse a mirar algunas de sus obras para sentir el entusiasmo de la grandiosidad naciente desde ese corazón artístico que la posee y la transmuta. No hay sino que observar alguna de sus figuras estéticas para darle salida al convencimiento que tenemos de su capacidad de creación, de ese poder para las revelaciones, de ese don para mostrar el amor, porque en su obra total está definitivamente plasmado al amor hecho arte y la sangre viviente inspirando sus auroras de luz.

Nos atrevemos a parafrasear el lenguaje lúcido de Patricia Guzmán, en "Bajo Palabra" y atribuir lo dicho sobre Ramón Palomares, a Rafaela Baroni, como si fuese una mudanza o una correspondencia: "Si alguna vez observamos que las manos de Rafaela Baroni tiemblan, es porque sujetan un corazón exaltado, que late y late para que no se le vaya la vida. Es el corazón de las imágenes plásticas. Un corazón que no se deja arrancar sino por seres puros, hechos de agua clara y espirituosa".

Qué mayor verdad que este lenguaje para dimensionar la absoluta realidad de un arte único y definitivamente auténtico que brota del rostro interno de la artista, de ese rostro espiritual profundo animado desde el corazón por los frenéticos impulsos de las revelaciones. Si, porque Rafaela es mujer de revelaciones, de una fuerza interior que la impulsa no para las incineraciones sino más bien para la expulsión de los pétalos y capaz de armar un orden cromático que se va

expandiendo presuroso sobre la superficie de sus obras hasta hacer un mapa de ríos fecundos por los que se desplaza la vida cargada de una luminosidad infinita que la revela y la proyecta.

Pero, ¿quién es esta artista de tantas iluminaciones? Es una mujer de magia y encanto como se la ha bautizado, una trujillana cuya vida se muda y se estremece desde la realidad hasta la adversidad y desde la adversidad hasta la realidad, como flujo y reflujo de una conducta artística que carga consigo con la que busca armar y desarmar su vida como una propuesta de sus revelaciones entre lo humano y lo sobrenatural, porque pareciera poseída, como ella misma asienta, de esos extraños poderes del absoluto que la tienen y mantienen unas veces en su propio cuerpo, es decir, en la vida, y otras, en una levitación que la estaciona también en la felicidad y en el gozo. Una mujer de imposible olvido a su propia trayectoria de absoluta niñez rural, del pequeño postigo de la casa pobre y sana de la geografía pueblerina, aunque por ese pequeño postigo tal vez percibió la primera luz creadora que se la dio la propia naturaleza quedaba en ella como el más hermoso tapiz universal. Una mujer que vio en su primera muñeca el trapo transfigurado en lienzo y en el color negro una matriz genésica con la que dar a luz ese espectro cromático que crece indetenible en los artistas para la armadura exterior de sus obras de creación. Una mujer que desde niña sintió la leche y el amor de la figura humana cuando hizo sus primeras tallas y observó asombrada que sus rudimentarias figuras nacientes iban cobrando vida cuando les abría los ojos y les pintaba el iris con el cual aprendieran a descubrir sensiblemente el brillo de la naturaleza. Una mujer extasiada con el portento grandioso de lo pequeño, con la belleza infinita de lo artístico, con la fidelidad de la figura salida de su mundo creador como sangre viviente de su propio ser, de su propia condición maternal. Una mujer cargada de religiosidad como si el destino la hubiese provisto de ese sacerdocio immaculado que la impulsa a labrar bíblicamente

figuras y figuras de ángeles y vírgenes, de santos y retablos, pulcras y aromáticas imágenes constitutivas del más hermoso por policromo devocionario del amor humano por lo divino. Una mujer que resume "el saber ingenuo, técnico y conceptual escondido detrás de cientos de anécdotas", que reduce una cosecha de ternuras en las pupilas de sus tallas e imágenes, que muestra su arte popular como el más sencillo espejo de la vida en la cotidianidad de los días, que ofrece sus obras para que el espectador haga de ellas "una lectura simple", que crea y recrea escenas y sucesos como imágenes salidas de lo más simple y hasta nostálgico, a veces. En síntesis, una grafología producto de su insaciable don de vida, ese que le otorgó Dios para hacerla ansiosa de crepúsculos en lo que tiene la luz de fuerza y de

impactos deslumbrantes.

Vuelvo a parafrasear a Patricia Guzmán y digo: "Rafaela Baroni toca el infinito con su obra mágica. Hace sangrar el corazón de sus imágenes y con ella sangra nuestro propio embeleso. Les sabe abrir el pecho a sus figuras talladas y es ahí cuando nacen para nosotros, para nuestra contemplación. Sus figuras han sido arrancadas al frío y a la inercia para hacerse de una piel con olor de vida".

En la obra artística de Rafaela Baroni vivimos la absoluta gracia de la vida. Sólo un universo de luces y de vuelos ha sido capaz de prodigarnos como espigas de su tiempo mágico, de sus brazos fecundos, de su vientre nutriente, de su memoria herida, por las diademas de su iluminación que son la propia bendición de su nombre.